

mismos y levantémonos para orar: “Señor, despliega el poder de Tu resurrección”. El Hades representa la muerte, pero la iglesia representa la resurrección.

*Así como Cristo está en resurrección, también la iglesia
está en resurrección; por lo tanto, la iglesia continúa
su existencia en la resurrección de Cristo*

Así como Cristo está en resurrección, también la iglesia está en resurrección; por lo tanto, la iglesia continúa su existencia en la resurrección de Cristo (Ef. 1:19-23; 2:6). La primera estrofa de *Himnos*, #214 dice:

¡Oh, qué poder! ¡Oh, qué vigor!
El que a Cristo levantó,
Dios a Su diestra lo sentó,
Y por Cabeza lo otorgó.
Tal poder a la iglesia dio,
Para aplastar al tentador.

Alabado sea el Señor por Su existencia eterna e inmutable en Su resurrección.—R. K.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LOS SALMOS (2)

La revelación más elevada de Cristo (Mensaje 6)

Lectura bíblica: Sal. 110

- I. Dios hizo sentar a Cristo a Su diestra—Sal. 110:1-2:
- A. “Jehová dijo a mi Señor: / ‘Siéntate a Mi diestra, / hasta que ponga a Tus enemigos / por estrado de Tus pies’”—v. 1:
1. Esta palabra, que trata de Cristo en Su ascensión, ha sido citada exactamente más de veinte veces en el Nuevo Testamento y ha sido citada indirectamente aproximadamente otras veinte veces—cfr. Mi. 22:44; Mr. 12:36; 16:19; Lc. 20:42-43; Hch. 2:33-35; Ro. 8:34; He. 1:13.
 2. El Señor Jesús citó este versículo para revelar Su divinidad como el Señor de David—Mi. 22:41-46.
 3. El lugar más elevado en el universo está a la diestra de Dios—cfr. Ez. 47:1.
 4. La ascensión de Cristo a la diestra de Dios no consiste meramente en que Él esté en determinado lugar, sino en que Él esté en una persona: el Padre; en Su ascensión, Cristo entró en el Ser mismo del Padre y se sentó allí—He. 1:3b; En. 16:28.
 5. Lo dicho aquí respecto a que Cristo se sentó a la diestra de Dios implica el reinado de Cristo—Sal. 80:17; Col. 1:17a, 18b; Ap. 22:1; Ez. 1:22, 26; cfr. Is. 14:13; 3 En. 9; 1 En. 5:21.
 6. En Su ascensión, Cristo fue hecho por Dios el Señor, el Cristo, el Príncipe de todo el universo y el Salvador—Hch. 2:36; 5:31; 10:36.
 7. Cristo está sentado en el trono, pero Él aún necesita de un estrado:
 - a. Dios está empeñado en subyugar a todos los enemigos de Cristo y en hacer de ellos Su estrado.

- b. Hoy en día estamos combatiendo para subyugar a los enemigos de Cristo—Ro. 5:17, 21.
- B. Dios enviará desde Sión el cetro del poder de Cristo, para que Él rija sobre todas las naciones a Su regreso—Sal. 110:2.
- II. Debemos cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra al presentarnos al Señor como ofrendas voluntarias en el esplendor de la consagración y al ser Sus jóvenes que son para Él como el rocío desde el seno de la aurora—v. 3:
 - A. A los ojos del Señor nuestra consagración voluntaria, el ofrecernos a Él, es algo lleno de esplendor:
 - 1. Aunque la iglesia se ha degradado, a lo largo de los siglos ha habido una línea conformada por quienes se ofrecieron voluntariamente al Señor en el esplendor, la hermosura, de su consagración.
 - 2. La palabra *esplendor* también podría traducirse como “adorno”; el esplendor de la consagración es un adorno; si nos ofrecemos voluntariamente al Señor, seremos embellecidos con un esplendor divino y celestial.
 - B. Aquí, Cristo se compara con una planta que necesita ser regada por el rocío delicado, suave y moderado:
 - 1. Mientras Cristo avanza en Su camino para llevar a cabo la economía de Dios, Él necesita ser regado; Cristo es regado por quienes se ofrecen a Él voluntariamente.
 - 2. Todo aquel que se ofrezca voluntariamente a Cristo como ofrenda a Él es un joven semejante al rocío que fue concebido en el seno de la aurora para regar a Cristo.
 - C. A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, es preciso que consagremos al Señor todo nuestro ser de forma absoluta y completa, junto con todo lo que poseemos, a fin de que Él pueda llevar a cabo Su economía eterna; la plenitud de la experiencia de vida que tengamos depende de la plenitud de nuestra experiencia de consagración—Mi. 26:6-13:
 - 1. La base de la consagración es que Dios nos compró—1 Co. 6:19-20; Ro. 14:8.
 - 2. El motivo de la consagración es el amor de Dios—2 Co. 5:14-15; Ro. 12:1.
 - 3. El significado de la consagración es ser un sacrificio—v. 1; Nm. 28:2-3.

- 4. El propósito de la consagración es permitir que Dios obre en nosotros, a fin de poder laborar para Dios—Ef. 2:10; Is. 64:8; Fil. 2:12-13; 1 Co. 15:10.
- 5. El resultado de la consagración es que abandonamos nuestro futuro—Lv. 1:9; cfr. 6:10-13.
- D. A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos levantarnos de madrugada para contactar al Señor, a fin de entrar en el seno de la aurora para ser concebidos como rocío para regar a Cristo—Mi. 6:6; 14:22-23; Mr. 1:35.
- E. A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos llevar la vida de la tienda y el altar, manteniéndonos vacíos, abiertos, frescos, vivientes y jóvenes con el Señor con relación a Su nuevo mover—Gn. 12:7-8:
 - 1. Debemos ser vaciados y despojados en nuestro espíritu, en lo profundo de nuestro ser, a fin de recibir a Cristo como la realidad del reino de los cielos—Mi. 5:3; Lc. 1:53.
 - 2. Debemos ser vasos abiertos; quien experimenta la mayor medida de transformación es aquel que está más abierto al Señor—18:17; Pr. 20:27; Ap. 4:5.
 - 3. Debemos recibir al Espíritu como aceite fresco—Zac. 4:12-14; Mi. 25:8-9; Ap. 3:18.
 - 4. Debemos andar en novedad de vida y servir en la novedad del espíritu—Ro. 6:4; 7:6; cfr. Ez. 36:26-27; 2 Co. 3:16; Mi. 5:8; 26:29.
 - 5. Debemos ser vitalizados por el Señor a fin de ser miembros de Su Cuerpo que son vivientes y activos—1 Co. 14:4b, 31; cfr. Ap. 3:1; 14:4.
 - 6. Debemos ser renovados de día en día con el fresco suministro de la vida de resurrección, a fin de mantenernos jóvenes en el Señor—2 Co. 4:16; Ef. 5:26-27.
- F. A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos pelear por los hermanos en unidad con Él, para cuidar tiernamente a las iglesias con Su humanidad y nutrir a las iglesias con Su divinidad, a fin de producir los vencedores mediante Su pastoreo orgánico—Gn. 14:13-20; Ap. 1:13; 2:7; 1 P. 5:4; He. 13:20; 1 En. 5:16; cfr. Hch. 6:4; Ap. 1:20.
- III. Dios ha jurado y no cambiará de haber designado a Cristo Sacer-

dote para siempre según el orden de Melquisedec—Sal. 110:4; He. 5:6, 10:

A. Cristo no es solamente el Rey que posee poder y autoridad (Sal. 110:1-2), sino también el Sumo Sacerdote—He. 2:17; 4:14; 6:20; 8:1; 9:11:

1. El ministerio celestial de Cristo en Su ascensión incluye tanto Su reinado como Su sacerdocio—7:1-2; Zac. 6:13.
2. Como el Rey, Él tiene el cetro para regir sobre la tierra y administrar nuestros asuntos; y como el Sumo Sacerdote, Él intercede por nosotros y se encarga de nuestro caso delante de Dios—He. 4:14-16; 7:25-26; 9:24; Ro. 8:34; Ap. 1:12-13.

B. Como el Sumo Sacerdote real según el orden de Melquisedec, Cristo nos ministra a Dios como nuestro suministro a fin de que se cumpla el propósito eterno de Dios—He. 7:1-2; 8:1-2; Gn. 14:18:

1. En Su ministerio terrenal, Cristo fue Sumo Sacerdote según el orden de Aarón a fin de quitar de en medio el pecado—He. 9:14, 26.
2. Luego, en Su ministerio celestial, Cristo fue designado Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (5:6, 10), no para ofrecer sacrificios por el pecado, sino para ministrarnos al mismo Dios que pasó por el proceso de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección, quien como tal está representado por el pan y el vino (Mi. 26:26-28) y es nuestro suministro de vida para que seamos salvos por completo (He. 7:25).

C. Como Sumo Sacerdote, Cristo cuida tiernamente de las iglesias en Su humanidad y las nutre en Su divinidad con Su amor divino—Ap. 1:12-13; 2:1.

IV. Cristo, quien es el Señor (*Adonai*) y quien está a la diestra de Dios, quebrantará a los reyes en el día de Su ira cuando regrese con Sus vencedores y ejecutará juicio entre las naciones sobre una vasta tierra—Sal. 110:5-6; Dn. 2:34-35, 44; Jl. 3:11-12; Ap. 17:14:

A. Esto nos muestra que Cristo es el Guerrero que ha de ser el supremo Vencedor al derrotar a las naciones, quebrantar a los reyes y aplastar la cabeza de los enemigos, y al ejecutar juicio sobre todos los que se le oponen—Sal. 2:9, 12; Dn. 2:44; Ap. 2:26-27.

B. Él vendrá con Su novia, compuesta por todos Sus vencedores, quienes son Su ejército, y junto con ella peleará contra el anticristo y sus ejércitos y los derrotará—19:11-21.

V. Cristo beberá del arroyo en el camino y levantará Su cabeza triunfalmente—Sal. 110:7:

A. El arroyo representa a los vencedores; Cristo, al tomar la delantera para combatir hasta el fin, tendrá necesidad de agua para beber, y esta agua serán los vencedores.

B. El hecho de que Cristo levante Su cabeza es señal de Su victoria, Su triunfo, al derrotar a todos los enemigos.

C. Para Sus enemigos, Cristo es el Vencedor; pero para nosotros, Él es Aquel que bebe.

D. En este salmo vemos a Cristo como el Rey, el Sacerdote, el Guerrero, el Vencedor y Aquel que bebe (Aquel que viene).

MENSAJE SEIS

LA REVELACIÓN MÁS ELEVADA DE CRISTO

En este mensaje examinaremos el salmo 110, el cual nos presenta la revelación más elevada de Cristo. Tenemos que acudir al Señor para que nos conceda Su misericordia y un espíritu de sabiduría y de revelación. El salmo 110 dice:

Jehová dijo a mi Señor: / “Siéntate a Mi diestra, / hasta que ponga a Tus enemigos / por estrado de Tus pies”. / Jehová enviará desde Sión / la vara de Tu poder: / ¡Domina en medio de Tus enemigos! / Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente / en el día de Tu guerra, / en el esplendor de su consagración. / Tus jóvenes te serán como el rocío desde el seno de la aurora. / Juró Jehová / y no se cambiará: / “Tú eres sacerdote para siempre / según el orden de Melquisedec”. / El Señor está a Tu diestra; / quebrantará a los reyes en el día de Su ira. / Juzgará entre las naciones, / las llenará de cadáveres; / quebrantará las cabezas sobre una vasta tierra. / Del arroyo beberá en el camino, / por lo cual levantará la cabeza [heb.].

Este salmo nos muestra que Cristo es el Rey, el Sacerdote, el Guerrero, el Vencedor y Aquel que bebe. A medida que estudiemos versículo por versículo, veremos que Cristo es nuestro Rey, nuestro Sumo Sacerdote, el Guerrero, el Vencedor que derrota al enemigo y Aquel que bebe y disfruta del arroyo en Su camino de regreso. Cuando Cristo regrese con Sus vencedores, todos ellos serán un arroyo para Él que lo refresca en Su camino de regreso.

DIOS HIZO SENTAR A CRISTO A SU DIESTRA

“Jehová dijo a mi Señor: ‘Siéntate a Mi diestra, hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies’”

Esta palabra, que trata de Cristo en Su ascensión, ha sido citada directamente más de veinte veces en el Nuevo Testamento y ha sido citada indirectamente aproximadamente otras veinte veces

Dios hizo sentar a Cristo a Su diestra (vs. 1-2). Salmos 110:1 dice:

“Jehová dijo a mi Señor: / ‘Siéntate a Mi diestra, / hasta que ponga a Tus enemigos / por estrado de Tus pies’”. Esta palabra, que trata de Cristo en Su ascensión, ha sido citada directamente más de veinte veces en el Nuevo Testamento y ha sido citada indirectamente aproximadamente otras veinte veces (cfr. Mi. 22:44; Mr. 12:36; 16:19; Lc. 20:42-43; Hch. 2:33-35; Ro. 8:34; He. 1:13).

Tenemos que ser impresionados con la cita directa que el Señor Jesús hace de Salmos 110:1 en Mateo 22. Antes de citar ese versículo, los principales sacerdotes, los ancianos, los fariseos, los herodianos y un intérprete de la ley trataron de enredarlo con enigmas y preguntas capciosas. Lo interrogaron en cuanto a Su autoridad, la política, creencias fundamentales y la ley. No obstante, las respuestas del Señor fueron absolutamente estupendas, maravillosas y asombrosas.

Hay un querido hermano entre nosotros que recibió la salvación al leer este pasaje de las Escrituras. Cuando él aún no era creyente y leía el Nuevo Testamento por primera vez, llegó a estas cuatro preguntas con respecto a la autoridad de Cristo, la política, la creencia fundamental de la resurrección y el gran mandamiento. A medida que leyó cada pregunta y la respuesta del Señor, él se asombró de cómo el Señor pudo contestar cada pregunta de una manera tan maravillosa. Cuando llegó a la cuarta pregunta, él pensó para sí mismo: “¿Cómo va Jesús a salir de esa pregunta?” Entonces, cuando leyó la respuesta maravillosa de Cristo, él dijo: “¡Señor, yo creo!”, y fue salvo. ¡Esto es admirable!

Una de las preguntas planteada por los discípulos de los fariseos con los herodianos se relacionaba con pagar tributo a César. El Señor les dio una respuesta absolutamente maravillosa, y quisiera impresionarlos con ella. Los versículos 15 y 16 dicen: “Entonces se fueron los fariseos y consultaron cómo enredarle en alguna palabra. Y le enviaron los discípulos de ellos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no haces acepción de personas”. Ellos hablaron de esa manera a fin de adular al Señor para intentar atraparlo. Tal vez pensaron: “Tú no haces acepción de personas, así que vamos a hacerte una pregunta y te atraparemos por medio de nuestra adulación inicial”. Los versículos 17 al 19 continúan: “Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito pagar tributo a César, o no? Pero Jesús, conociendo la intención maliciosa de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo”. Tan pronto el Señor les pidió que le mostraran la moneda, fueron derrotados puesto que Él no poseía ni siquiera una

moneda. Los versículos 19 al 22 continúan: “Ellos le presentaron un denario. Y les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción? Le dijeron: De César. Entonces les dijo: Devolved, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Oyendo esto, se maravillaron, y dejándole, se fueron”. Después de esta respuesta hubo otra oleada de preguntas. Sin embargo, nosotros tenemos que ser impresionados con la contestación que el Señor les dio: “¿De quién es esta imagen, y la inscripción? Le dijeron: De César. Entonces les dijo: Devolved, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”. Puesto que la imagen en el denario era de César, éste le pertenecía a él; de la misma manera, aquellos que hicieron la pregunta tenían la imagen de Dios, por lo tanto, ¡le pertenecían a Dios! Éste es el significado implícito en la respuesta del Señor. El Señor parecía decirles: “¡Ustedes pertenecen a Dios, así que tienen que entregarse a Dios!”. Como resultado, ellos se maravillaron.

Después que los diferentes grupos le hicieron todas sus preguntas, el Señor les hizo una pregunta. Ésta es la pregunta de preguntas. En Mateo 22:41-42 dice: “Estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis acerca del Cristo?” La nota del versículo 42 dice:

Durante la última visita de Cristo a Jerusalén, el centro del judaísmo, Él fue rodeado por los principales sacerdotes, los ancianos, los fariseos, los herodianos y los saduceos, junto con un intérprete de la ley como vemos en 21:23—22:46. Todos ellos trataron de enredarlo con enigmas y preguntas capciosas. Primero, los principales sacerdotes, que representaban la autoridad de la religión judía, y los ancianos, que representaban la autoridad del pueblo judío, le preguntaron acerca de la autoridad que Él tenía (21:23). Ellos formularon la pregunta conforme a su concepto religioso. En segundo lugar, los fariseos, quienes eran los conservadores, y los herodianos, quienes eran celosos por la política, le hicieron una pregunta relacionada con la política. En tercer lugar, los saduceos, que eran los modernistas, le preguntaron con respecto a las creencias fundamentales. En cuarto lugar, un intérprete de la ley que se creía recto le hizo una pregunta acerca de la ley. Después de contestar sabiamente todas las preguntas, Él les hizo una pregunta acerca del Cristo. Ésta es la gran pregunta. Los interrogantes que ellos presentaron tenían que ver con la religión, la política, las

creencias y la ley. La pregunta que Él hizo tenía que ver con el Cristo, quien es el centro de todas las cosas. Ellos conocían la religión, la política, las creencias y la ley, pero no prestaban atención a Cristo. Así que, les preguntó: “¿Qué pensáis acerca del Cristo?” Todos debemos contestar esta gran pregunta.

Cada hombre y mujer en la tierra debe contestar esta pregunta: “¿Qué pensáis acerca del Cristo?” Esta es una buena pregunta para plantearles a las personas cuando predicamos el evangelio. Podemos preguntarles: “¿Qué piensa acerca de Jesús? ¿Quién es Él? ¿Quién es Él para usted?”.

El Señor le preguntó a los fariseos: “¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David” (v. 42). Los fariseos contestaron con sólo la mitad de la respuesta. Cristo era el hijo de David conforme a Su humanidad. Por tanto, el Señor les dijo: “¿Pues cómo David en el espíritu le llama Señor, diciendo: ‘Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a Mi diestra, hasta que ponga a Tus enemigos bajo Tus pies’? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo?” (vs. 43-45). *Mi Señor* en la cita que hace el Señor del salmo 110 se refiere a Cristo, el Mesías. Después de esta pregunta, el versículo 46 dice: “Nadie le podía responder palabra; ni se atrevió nadie desde aquel día a preguntarle más”.

Cristo no sólo es el hijo de David conforme a Su humanidad, sino también es el Señor de David según Su divinidad. En Su divinidad Cristo es el Dios de David, el Señor de David. El Señor de David llegó a ser el hijo de David y fue crucificado; luego en resurrección, Dios hizo a este hijo de David, Señor y Cristo. El hombre Jesús llegó a ser el Señor incluso en Su humanidad. Hoy en día, Jesús el hijo de David es Señor no sólo como Dios, sino también como el hombre Jesús. Éste es un gran asunto. Por consiguiente, Salmos 110:1 dice: “Jehová dijo a mi Señor: / ‘Siéntate a Mi diestra, / hasta que ponga a Tus enemigos / por estrado de Tus pies’”.

*El Señor Jesús citó este versículo
para revelar Su divinidad como el Señor de David*

El Señor Jesús citó este versículo para revelar Su divinidad como el Señor de David (Mi. 22:41-46).

El lugar más elevado en el universo está a la diestra de Dios

El lugar más elevado en el universo está a la diestra de Dios (cfr. Ez. 47:1). Jesús está a la diestra de Dios. En Apocalipsis 22:1-2 dice: “Me

mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, en medio de la calle. Y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida”. Estos versículos revelan a Cristo como el Rey puesto que hablan respecto al trono de Dios y del Cordero. Según el versículo 21:23, el Cordero es la lámpara de la Nueva Jerusalén y Dios está en Él como la luz. Por lo tanto, el trono del versículo 22:1 no es un “sofá de dos asientos” en el cual Dios está sentado en un lado y el Cordero en el otro. Según este versículo, el Cordero es la lámpara y Dios está en Él como la luz. Así que, en el trono se ve a Dios como Aquel que resplandece, iluminando por medio del Cordero, y al Cordero como Aquel que redime. Primero vemos a Aquel que resplandece, el Redentor, y luego vemos a Aquel que reina sentado en el trono. Aquel que reina es el Rey, el que tiene la autoridad y el señorío.

Del trono sale un río de agua de vida, lo cual nos revela a Cristo como Aquel que fluye, y a ambos lados del río está creciendo el árbol de la vida, lo cual nos muestra a Cristo como Aquel que suministra. La secuencia de la revelación de Cristo en estos versículos como Aquel que resplandece, que redime, que reina, que fluye y que suministra, armoniza con nuestra experiencia. Cuando volvemos nuestro corazón al Señor en nuestro espíritu, Él, como Aquel que resplandece dentro de nosotros, nos ilumina a fin de aplicarse en nosotros como Aquel que nos redime. Bajo Su resplandor lo tomamos como nuestra ofrenda por el pecado y por la transgresión para recibir la aplicación de Su preciosa sangre a todos nuestros pecados y transgresiones en nuestra conducta, y la aplicación de Su cruz a nuestra naturaleza pecaminosa. Luego, cuando confesamos nuestros pecados, Él nos perdona de inmediato y llega a ser Aquel que rige y reina dentro de nosotros; de este modo Él se vuelve el Rey en nuestro ser. Y como el Rey en nuestro ser, Él llega a ser Aquel que fluye en nosotros, y a medida que fluye en nuestro interior, nos suministra consigo mismo como el árbol de la vida. Esto nos demuestra cuán maravillosos son y cuánto se pueden experimentar estos versículos de Apocalipsis 22:1 y 2.

En Ezequiel 47:1 dice: “Me hizo volver luego a la entrada de la casa. Y vi que salían aguas por debajo del umbral de la casa hacia el oriente, porque la fachada de la casa estaba al oriente; y las aguas descendían por debajo, hacia el lado derecho de la casa, al sur del altar”. Primero, las aguas fluyen hacia el oriente por debajo del umbral de la casa. El oriente, el cual es la dirección del amanecer, representa el lugar de la gloria de Dios. A fin de experimentar a Cristo como el Rey en nuestro

ser, tenemos que ser para la gloria de Dios, puesto que este fluir va hacia el oriente. Luego las aguas descienden por debajo, hacia el lado derecho de la casa. El lado derecho de la casa, que se encuentra hacia el sur, representa el lugar de preeminencia, lo cual alude a la posición más elevada a la diestra de Dios (Ef. 1:20-22). Por tanto, el hecho de que las aguas desciendan por debajo, hacia el lado derecho de la casa, al sur, quiere decir que el fluir de vida debe tener la preeminencia. Las aguas también fluyen al sur del altar, el cual representa una consagración plena.

Todas nuestras reuniones deben tener como meta la expresión corporativa del Dios Triuno. Además, aquello que debemos procurar tener en nuestra vida es el fluir práctico de la presencia del Señor Jesús en nosotros. Siempre debemos darle la preeminencia a Cristo, el Rey, como el fluir de vida en nosotros. Si no tenemos el fluir en nuestro ser, no lo tendremos a Él como el Rey que reina en nosotros. La presencia práctica de nuestro Rey Jesús en nosotros es el fluir de vida que se mueve en nuestro ser, representado por las aguas que fluyen hacia el lado derecho de la casa, el cual es el lugar de preeminencia.

El hecho de que el agua fluye al sur del altar indica que necesitamos hacer una consagración plena para tener el fluir de vida en nuestro ser. Tenemos que consagrarnos plenamente para tener el fluir del Rey Jesús en nuestro ser. Además, debemos consagrarnos a Él por completo para disfrutarlo como el fluir de vida. No debemos ir a ninguna parte, hacer nada ni decir algo, si no tenemos el fluir de vida. Ésta es la manera de entronar a Cristo como el Rey en nuestro ser. Cuando los santos jóvenes toman una decisión particular respecto a cuál escuela deben asistir, deben hacerlo siguiendo el fluir de vida dentro de ellos. Cuando nos movemos junto con el fluir de vida en nosotros, entronamos a Cristo como el Rey en nuestro ser.

Para ilustrar este punto, quisiera relatar una breve historia acerca de cierta hermana que fue aceptada en una universidad muy prestigiosa, a la cual decidió no asistir debido a que consideró el fluir de vida en su interior. Cuando la hermana fue aceptada en esa universidad tan prestigiosa, muchos de los jóvenes inmediatamente le dijeron: “Tienes que ir a esa universidad; ya que fuiste aceptada, tienes que ir”. Ellos pensaban para sí mismos: “Tú fuiste aceptada en esa universidad tan prestigiosa; ¿quién no asistiría a ella si tuviese la oportunidad?”. Ellos no le sugirieron orar; sólo la animaron a asistir a esa universidad. Después, ella vino a mi casa para tener comunión con mi esposa y conmigo, y

nosotros la alentamos a orar para que atendiera al fluir de vida en su espíritu y cuidara del sentir de vida y paz en ella. Le dijimos: “Si el Señor Jesús fluye en tu interior cuando consideras esa prestigiosa universidad, entonces debes asistir a ella puesto que es allí a donde te dirige el Señor como el Rey en tu ser”. A la postre, esta hermana decidió asistir a otra universidad, debido a que ese fue el lugar a donde la dirigió la vida que fluía en ella. Éste es un testimonio genuino de alguien que atendió al fluir de vida. Por supuesto, hay otros santos entre nosotros que decidieron asistir a esa famosa universidad porque el Señor estaba fluyendo en ellos dirigiéndolos para ir allí. No obstante, jamás debemos decir: “Puesto que el hermano fulano de tal decidió asistir a tal universidad, yo también acudiré a ella”. Tenemos que seguir el fluir de vida dentro de nosotros de manera personal. Ésta es la forma práctica de entronar a Cristo como el Rey en nuestro ser.

Por un lado, debemos atender al fluir en nuestro ser y darle la preeminencia, y por el otro, este fluir debe hacerse más profundo. A medida que el fluir se hace más profundo en nosotros, el reinado de Cristo y Su regir se hace más profundo en nuestro ser. Ezequiel 47:1-5 revela que el fluir de vida que salía de la casa fue medido varias veces y que cada vez que fue medido, el nivel de las aguas se hizo más profundo. La primera vez que se midió, las aguas llegaban a los tobillos (v. 3); después de la segunda medición, las aguas llegaban a las rodillas (v. 4). Después de ser medido la tercera vez, las aguas llegaban hasta la cintura (v. 4), y cuando fue medido una vez más, “las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado” (v. 5).

Debemos permitirle al Señor que nos mida. Podemos ilustrar lo que significa ser medido al considerar a una hermana que compra una tela para confeccionar unas cortinas. La hermana primero mide la tela y mientras la mide, la prueba, la examina y la juzga a fin de poseerla. Esto es lo que significa medir. Cuando el Señor nos mide, Él nos prueba, nos examina y nos juzga a fin de poseernos al profundizar el fluir en nosotros. Durante el Entrenamiento para ancianos y hermanos responsables que se celebró hace poco en los Países Bajos (véase *The Ministry of the Word*, [El ministerio de la palabra] t. 16, núm. 2), les planteamos un reto a los asistentes al preguntarles: “¿Cuán profundo es el fluir de vida en su ser? ¿El fluir se encuentra a la altura de los tobillos, de las rodillas, de la cintura, o las aguas han crecido de manera que podemos nadar? ¿De verdad estamos nadando en Dios?”

Con frecuencia pensamos que ya conocemos Ezequiel 47, no

obstante, un punto crucial en ese capítulo es comprender si tenemos o no suficientes aguas para nadar. Nosotros tenemos que considerar la profundidad del fluir en nuestro ser y si nos hemos consagrado de manera práctica a Dios hasta el punto de que estamos siendo llevados por la corriente del fluir del Señor Jesús en nuestro interior, el Soberano y Rey que mora en nosotros. Quizás ninguno entre nosotros tenga el denuedo para declarar que el fluir en su interior es “aguas para nadar”. Por tanto, necesitamos ser medidos más y más; debemos ser juzgados, probados, examinados y poseídos por el Señor a fin de que finalmente podamos nadar en Dios y seamos arrastrados por Su fluir de vida como el Rey, Aquel que decide y rige en todo lo relacionado a nuestro ser.

*La ascensión de Cristo a la diestra de Dios
no consiste meramente en que Él esté en determinado lugar,
sino en que Él esté en una persona: el Padre; en Su ascensión,
Cristo entró en el Ser mismo del Padre y se sentó allí*

La ascensión de Cristo a la diestra de Dios no consiste meramente en que Él esté en determinado lugar, sino en que Él esté en una persona: el Padre; en Su ascensión, Cristo entró en el Ser mismo del Padre y se sentó allí (He. 1:3b; En. 16:28). Que Cristo esté sentado a la diestra de Dios implica Su reinado. Cristo entró en el Ser mismo del Padre y se sentó allí. En Isaías 22:23 dice respecto a Cristo: “Lo hincaré como un clavo en lugar firme, / y será motivo de honra para la casa de su padre”. La nota respecto a la palabra *clavo* en este versículo dice:

Cristo ha sido clavado por Dios como clavija, o clavo, en lugar seguro (v. 23a), lugar que tipifica el tercer cielo (cfr. 2 Co. 12:2b), donde Cristo fue exaltado por Dios después de Su resurrección (Hch. 2:33; 5:31). Debido a que el Padre está en el tercer cielo (Mi. 6:9), ser exaltado al tercer cielo equivale a ser exaltado a Dios el Padre (cfr. Lc. 15:18). Hoy, Cristo está en los cielos como clavija hincada en Dios.

Según el versículo 24, toda la gloria de la casa de Su Padre, está colgada en Cristo, la clavija hincada en Dios, “los hijos y los nietos, todos los vasos menores, desde las tazas hasta toda clase de jarros”. *Los hijos y los nietos* y *los vasos* se refieren a nosotros. Aquí la nota en la palabra *gloria* dice:

La gloria de la casa del Padre que cuelga de Cristo, la clavija, es los hijos de Dios en calidad de prole y posteridad (los

descendientes) de Dios, y estos hijos de Dios son los vasos de Cristo, que cuelgan de Él a fin de contenerlo y ministrarlo a los demás. Los hijos de Dios son Su prole y posteridad, y como tales, son la gloria de la casa de Dios y también los vasos.

Cristo ha sido clavado como una clavija en Dios, y todos nosotros colgamos de Él, el clavo que está en el tercer cielo. Además, la nota de la palabra *tazas* en el versículo 24 dice:

Los tazones y los jarros tipifican las diversas maneras y medios por los cuales somos partícipes de Cristo en Sus riquezas. Los tazones, o copas, son vasijas pequeñas para contener agua, la cual tipifica al Espíritu de Cristo (En. 7:37-39); los jarros, o cántaros, son vasijas más grandes para contener vino, el cual tipifica la vida divina (Mí. 9:17 y la nota 1). Esto significa que en la casa de Dios todos Sus hijos son vasos que contienen Su Espíritu en calidad de agua que aplaca la sed de la gente y Su vida en calidad de vino que anima a las personas para que se regocijen. Todas las riquezas del abundante suministro destinado a ser disfrutado por los hijos de Dios cuelgan de Cristo como la clavija, lo que sostiene todo ello.

Cristo, Aquel que lo sostiene todo, ha sido clavado en Dios en Su ascensión.

Lo dicho aquí respecto a que Cristo se sentó a la diestra de Dios implica el reinado de Cristo

Lo dicho aquí respecto a que Cristo se sentó a la diestra de Dios implica el reinado de Cristo (Sal. 80:17; Col. 1:17a, 18b; Ap. 22:1; Ez. 1:22, 26; cfr. Is. 14:13; 3 En. 9; 1 En. 5:21). En Salmos 80:17 dice: “Sea Tu mano sobre el varón de Tu diestra, / sobre el hijo de hombre que para Ti afirmaste”. Como señalamos en un mensaje anterior, el hombre de la diestra de Dios es Cristo, y la mano de Dios es Su mano que exalta, que lleva, que guía, que dirige, que fortalece y que hace que el hombre actúe. Por consiguiente, que la mano de Dios esté sobre el varón de Su diestra indica que Dios está llevando a Cristo, lo está dirigiendo, guiando, exaltando, fortaleciendo y haciendo que Cristo actúe en nuestro ser a fin de que nosotros le demos a Él la preeminencia en cada parte de nuestro ser como el Rey que mora en nosotros.

Ezequiel 1:22-26 habla respecto a una expansión a manera de

cristal maravilloso que está extendida sobre las cabezas de los cuatro seres vivientes. Estos versículos revelan que nosotros tenemos que orar hasta que no haya nada entre nosotros y el Señor. En *Himnos*, #168 cada estrofa comienza con la frase: “Nada entre Tú y yo, mi Señor”. Nosotros debemos orar: “Señor, que no haya nada entre Tú y yo, ni entre los hermanos y hermanas y yo, hasta el punto que mi cielo sea como una expansión a manera de cristal maravilloso. También oro para que Tu trono esté por encima de este cielo despejado. Señor, anhelo tener un cielo despejado entre Tú y yo a fin de que no haya nada entre nosotros, y deseo ser lleno con la realidad, la situación, la atmósfera y la condición celestial de Tu presencia que me rige”. Necesitamos tener un cielo despejado en nuestro ser con el trono de Dios por encima.

Debemos comprender que hay alguien en nuestro ser que desea exaltar su trono por encima del trono de Dios. (Is. 14:13). En nuestro ser caído, existe un anhelo por estar en el trono; sin embargo, cuando estamos en nuestro espíritu, deseamos que Dios esté en el trono. Tenemos que ser aquellos que vivimos en el espíritu y anhelamos que Dios esté sentado en el trono de nuestro ser.

En Su ascensión, Cristo fue hecho por Dios el Señor, el Cristo, el Príncipe de todo el universo y el Salvador

En Su ascensión, Cristo fue hecho por Dios el Señor, el Cristo, el Príncipe de todo el universo y el Salvador (Hch. 2:36; 5:31; 10:36).

Cristo está sentado en el trono, pero Él aún necesita de un estrado

Cristo está sentado en el trono, pero Él aún necesita de un estrado. Dios está empeñado en subyugar a todos los enemigos de Cristo y en hacer de ellos Su estrado. Hoy en día estamos combatiendo para subyugar a los enemigos de Cristo (Ro. 5:17, 21). Según Romanos 5:17 la manera de combatir es recibiendo la abundancia de la gracia. Cuando recibimos la abundancia de la gracia en forma espontánea reinamos en vida sobre Satanás, el pecado y la muerte. El versículo 17 dice: “Si por el delito de uno solo, reinó la muerte por aquel uno, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” Debemos ser los que reciben la abundancia de la gracia, la abundancia del disfrute del Dios Triuno Dios, a fin de reinar en vida sobre Satanás, el pecado y la muerte.

El versículo 21 dice: “Para que así como el pecado reinó en la muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”. No sólo necesitamos recibir la abundancia de la gracia a fin de reinar en vida sobre Satanás, el pecado y la muerte, sino que también deseamos que el disfrute que tenemos de Cristo reine en nuestro ser. Cuando disfrutamos al Señor y la gracia reina en nuestro ser, somos restringidos en ese disfrute. De este modo, la gracia nos restringe. Por medio de nuestro disfrute, somos introducidos bajo el aspecto reinante de Cristo, Su regir, y Él es entronado en nuestro ser como la gracia.

Efesios 1:19 al 23 nos revela la manera en que Cristo fue levantado hasta el trono y habla respecto a la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos. Este poder fue el que Dios hizo operar en Cristo al resucitarlo de los muertos, al sentarlo a Su diestra en los lugares celestiales, al someter todas las cosas bajo los pies de Cristo y al dar a Cristo por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia. Cuando ponemos estos versículos juntos, vemos que hay un poder cuádruple que ha sido instaurado en nuestro espíritu. Este poder cuádruple es el poder de resurrección, el poder de ascensión, el poder que somete, el cual es el poder que somete todas las cosas bajo los pies de Cristo, y el poder que reúne todas las cosas bajo una cabeza, el poder que dio a Cristo por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia. Cuando nosotros oramos conforme a Efesios 3, y decimos: “Padre, fortaléceme con poder en el hombre interior por Tu Espíritu”, estamos orando para ser fortalecidos con este poder cuádruple —el poder de resurrección, el poder de ascensión, el poder que somete y el poder que reúne todas las cosas bajo una cabeza— en nuestro hombre interior, a fin de que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones por medio de la fe para que seamos llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios.

Debemos ver que este poder cuádruple ha sido instaurado en nuestro espíritu a fin de que podamos pelear la batalla. Sin embargo, ¿cómo combatimos? Combatimos replegándonos. Tenemos que aprender a retirarnos siempre a nuestro espíritu. Esto es algo muy práctico. Cuando nos molestan diferentes cosas tales como algunos problemas en nuestra situación y entorno, o cuando pensamientos vanos empiezan a moverse sigilosamente en nuestra mente, tenemos que declarar: “Señor, me retiro a mí espíritu”. Debemos orar: “Señor, guardame en mí espíritu”, porque el poder que resucitó a Cristo de los muertos — el poder de resurrección, el poder de ascensión, el poder que somete y

el poder que reúne todas las cosas bajo una cabeza— ha sido instalado en nuestro espíritu. Este poder es transmitido *a la iglesia*, lo que indica que cuando estamos en nuestro espíritu, este poder se transmite a nuestro ser.

**Dios enviará desde Sión el cetro del poder de Cristo,
para que Él rija sobre todas las naciones a Su regreso**

Dios enviará desde Sión el cetro del poder de Cristo, para que Él rija sobre todas las naciones a Su regreso (Sal. 110:2).

**DEBEMOS COOPERAR CON EL MINISTERIO CELESTIAL DE CRISTO
EN EL DÍA DE SU GUERRA AL PRESENTARNOS AL SEÑOR
COMO OFRENDAS VOLUNTARIAS EN EL ESPLENDOR
DE LA CONSAGRACIÓN Y AL SER SUS JÓVENES QUE SON
PARA ÉL COMO EL ROCÍO DESDE EL SENO DE LA AURORA**

Debemos cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra al presentarnos al Señor como ofrendas voluntarias en el esplendor de la consagración y al ser Sus jóvenes que son para Él como el rocío desde el seno de la aurora (v. 3). El versículo 3 dice: “Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente / en el día de Tu guerra, / en el esplendor de su consagración. / Tus jóvenes te serán como el rocío desde el seno de la aurora.” [heb.]. Noten la frase *el esplendor de su consagración*, seguida por las palabras *Tus jóvenes*. En la economía de Dios no hay hombres viejos; todos nosotros tenemos que ser jóvenes. Como jóvenes, debemos ser para Él “como el rocío desde el seno de la aurora”. Necesitamos recalcar estas expresiones: *el esplendor de su consagración*, *Tus jóvenes* y *el rocío desde el seno de la aurora*. El contexto de estas expresiones se encuentra en “el día de Su guerra”. Nosotros podemos cooperar con Él como el Rey, el Sacerdote, el Guerrero, el Vencedor y Aquel que bebe al presentarnos al Señor como ofrendas voluntarias en el esplendor de la consagración y al ser Sus jóvenes que son para Él como el rocío desde el seno de la aurora.

**A los ojos del Señor nuestra consagración voluntaria,
el ofrecernos a Él, es algo lleno de esplendor**

A los ojos del Señor nuestra consagración voluntaria, el ofrecernos a Él, es algo lleno de esplendor. La consagración consiste en dar nuestro consentimiento, en entregarnos al Señor. Necesitamos dar nuestro consentimiento y entregar toda nuestra vida y todo nuestro ser al Señor por amor de Su recobro y con miras a Su economía.

*Aunque la iglesia se ha degradado,
a lo largo de los siglos ha habido una línea conformada
por quienes se ofrecieron voluntariamente al Señor
en el esplendor, la hermosura, de su consagración*

Aunque la iglesia se ha degradado, a lo largo de los siglos ha habido una línea conformada por quienes se ofrecieron voluntariamente al Señor en el esplendor, la hermosura, de su consagración.

*La palabra esplendor también podría traducirse como “adorno”;
el esplendor de la consagración es un adorno;
si nos ofrecemos voluntariamente al Señor,
seremos embellecidos con un esplendor divino y celestial*

La palabra *esplendor* también podría traducirse como “adorno”; el esplendor de la consagración es un adorno; si nos ofrecemos voluntariamente al Señor, seremos embellecidos con un esplendor divino y celestial. Si nos ofrecemos voluntariamente al Señor, a Sus ojos somos embellecidos con un esplendor divino y celestial.

En una ocasión, John Nelson Darby estaba viajando y se alojó en un hotel por sí mismo. Ése fue un tiempo de soledad, pero él se arrodilló y oró: “Señor Jesús, todavía te amo”. El hermano Lee dijo: “Ninguno de sus escritos me inspiró tanto como esta frase tan breve. Estas palabras breves tocaron mi corazón. Aunque en aquel tiempo él ya era muy anciano, todavía podía decirle al Señor estas palabras”. (*La vida y la edificación como se presentan en Cantar de los cantares*, pág. 24). Estas palabras breves impresionaron al hermano Lee más que todas las demás obras de Darby debido a que demostraban que toda su labor —incluyendo las traducciones de la Biblia que él realizó al francés, al alemán y al inglés, y su obra *Synopsis of the Bible* [Sinopsis de la Biblia]— procedían de su amor fresco por el Señor. Nosotros tenemos que orar cada día: “Señor Jesús, todavía te amo”. El hermano Darby también declaró: “¡Oh el gozo de no ser nada y no poseer nada, de ver sólo al Cristo viviente en gloria, y de que nada nos importe aquí en la tierra sino únicamente Sus intereses!”. Tenemos que ser como él en esto.

Aquí, Cristo se compara con una planta que necesita ser regada por el rocío delicado, suave y moderado

Aquí, Cristo se compara con una planta que necesita ser regada por el rocío delicado, suave y moderado. Mientras Cristo avanza en Su

camino para llevar a cabo la economía de Dios, Él necesita ser regado; Cristo es regado por quienes se ofrecen a Él voluntariamente. Todo aquel que se ofrezca voluntariamente a Cristo como ofrenda a Él es un joven semejante al rocío que fue concebido en el seno de la aurora para regar a Cristo.

**A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo
en el día de Su guerra, es preciso que consagremos al Señor
todo nuestro ser de forma absoluta y completa,
junto con todo lo que poseemos, a fin de que Él pueda
llevar a cabo Su economía eterna; la plenitud
de la experiencia de vida que tengamos depende
de la plenitud de nuestra experiencia de consagración**

A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, es preciso que consagremos al Señor todo nuestro ser de forma absoluta y completa, junto con todo lo que poseemos, a fin de que Él pueda llevar a cabo Su economía eterna; la plenitud de la experiencia de vida que tengamos depende de la plenitud de nuestra experiencia de consagración (Mi. 26:6-13). En Mateo 26:6-13, María rompió su frasco de alabastro de unguento de gran precio y lo derramó sobre el Señor. Judas tomó la delantera en cuestionar lo que ella hizo (En. 12:4-5), los discípulos mismos también estaban indignados, diciendo: “¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres” (Mi. 26:8-9). La nota 1 del versículo 8 dice:

Los discípulos consideraban que la ofrenda de amor que María hizo al Señor era un desperdicio. Durante los veinte siglos pasados, miles de vidas preciosas, tesoros del corazón, puestos altos y futuros brillantes han sido “desperdiciados” en el Señor Jesús. Aquellos que lo aman así, lo encuentran digno de ser amado de esta manera y digno de su ofrenda. Lo que han derramado sobre Él no es un desperdicio, sino un testimonio fragante de Su dulzura.

Es maravilloso derramar todo sobre el Señor Jesús, es un gran privilegio.

Luego, en el versículo 13 el Señor les habló a los discípulos acerca de lo que hizo María, diciendo: “Dondequiera que se proclame este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella”. La nota 2 de este versículo dice: “La historia del evangelio es que el Señor nos amó, y la historia de María es que ella

amó al Señor. Debemos predicar estas dos cosas: que el Señor nos ama y que nosotros amamos al Señor. La primera tiene como fin nuestra salvación, y la otra, nuestra consagración.

Esto concuerda con el significado del nombre Habacuc, uno de los profetas menores. El nombre Habacuc significa “abrazando” o “aferrándose a”. La nota 1 de Habacuc 1:1 dice: “El significado del nombre del profeta indica que a fin de que los pecadores recibieran la salvación eterna de Dios (2:4), la cual es realmente Dios mismo (Is. 12:2; Lc. 2:30), Dios llegó a ser un hombre en la tierra para poder abrazar a los pecadores y que los pecadores pudieran aferrarse a Él (cfr. 19:1-10)”. Dios llegó a ser un hombre para abrazarnos con miras a nuestra salvación de manera que nosotros, los pecadores, nos podamos aferrar a Él en nuestra consagración.

La base de la consagración es que Dios nos compró

La base de la consagración es que Dios nos compró (1 Co. 6:19-20; Ro. 14:8). Dios nos compró con Su preciosa sangre (1 P. 1:19). En 1 Corintios 6:19-20 dice: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo”. Hemos sido comprados por el precio de la sangre preciosa de Cristo, así que necesitamos glorificar a Dios en nuestro cuerpo. De hecho, todo nuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— le pertenece al Señor. En 1 Tesalonicenses 5:23 dice: “El mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos e irrepreensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Necesitamos consagrar nuestro espíritu al Señor para contactarle, recibirle y adorarle; necesitamos consagrar nuestra alma al Señor para disfrutarle y expresarle; y necesitamos consagrar nuestro cuerpo al Señor para glorificarle y magnificarle. Nuestra necesidad diaria es consagrar nuestro entero ser tripartito al Señor porque fuimos comprados con Su preciosa sangre.

El motivo de la consagración es el amor de Dios

El motivo de la consagración es el amor de Dios (2 Co. 5:14-15; Ro. 12:1). La base de la consagración es que Dios nos compró, pero el motivo de la consagración es el amor de Dios. El amor de Dios es la fuente de la dulzura, la intensidad y la vitalidad de nuestra consagración. Por esta razón necesitamos orar: “Señor, constriñeme con Tu

amor”. *Himnos*, #183 dice: “Tu fuerte amor me constriñe, Señor, / Como corriente presionando está [...] / ¿No debo yo abrirme a tal poder? / ¿Y a la corriente de Tu amor ceder?”. Necesitamos hacer de este himno nuestra oración, diciendo: “Señor, me abro a Ti. Oh, corriente de amor, fluye adentro”. Cuando la corriente de amor fluye en nosotros, somos constreñidos a ir con ella y a consagrar toda nuestra vida al Señor.

El significado de la consagración es ser un sacrificio

El significado de la consagración es ser un sacrificio (v. 1; Nm. 28:2-3). Romanos 12:1 dice: “Así que, hermanos, os exhorto por las compases de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio racional”. Números 28:2-3 dice: “Manda a los hijos de Israel y diles: Cuidaréis de presentarme a su tiempo mis ofrendas, Mi comida [heb.] con las ofrendas quemadas de olor grato para Mí. También les dirás: Ésta es la ofrenda quemada que presentaréis a Jehová: dos corderos sin tacha, de un año, cada día, será el holocausto continuo”. Estos versículos muestran que el holocausto llega a ser la comida de Dios. La comida del hombre es aquello que satisface al hombre; la comida de Dios es aquello que satisface a Dios. Cuando tomamos a Cristo como nuestro holocausto, nos identificamos con Él y llegamos a ser comida para satisfacer a Dios. En otras palabras, nuestra consagración a Dios es para la satisfacción de Dios y el deseo de Su corazón de tener un Cuerpo edificado y una novia preparada para traerlo de regreso a esta tierra. Este es el propósito de la consagración; es para satisfacer a Dios.

El propósito de la consagración es permitir que Dios obre en nosotros, a fin de poder laborar para Dios

El propósito de la consagración es permitir que Dios obre en nosotros, a fin de poder laborar para Dios (Ef. 2:10; Is. 64:8; Fil. 2:12-13; 1 Co. 15:10). Nosotros no laboramos primero para Dios. Primero debemos permitir que Dios obre en nosotros, y entonces podremos laborar para Dios. Filipenses 2:13 dice: “Dios es el que en vosotros realiza así el querer como el hacer, por Su beneplácito”. Pablo les estaba diciendo a los Filipenses: “Deben darse cuenta que Dios está operando en ustedes para que laboren. Dios está operando tanto en su querer por Su beneplácito, como en su hacer por Su beneplácito. Necesitan permitirle a Dios que opere en ustedes de manera que escojan el beneplácito de Dios y luego laboren por Su beneplácito”. Necesitamos permitirle a

Dios que obre en nosotros, a fin de poder laborar para Dios. Éste es el propósito de la consagración.

*El resultado de la consagración
es que abandonamos nuestro futuro*

El resultado de la consagración es que abandonamos nuestro futuro (Lv. 1:9; cfr. 6:10-13). Nuestro único futuro es Dios mismo. El destino del holocausto que se ofrecía en el altar era ser cenizas. Cuando nos consagramos a Dios, nuestro destino es llegar a ser cenizas. Cuando veamos lo que significa ser cenizas, alabemos al Señor.

Levítico 6:10-11 dice: “El sacerdote se pondrá su vestidura de lino y cubrirá su cuerpo con calzoncillos de lino. Cuando el fuego haya consumido el holocausto, recogerá las cenizas de encima del altar y las pondrá junto al altar. Después se quitará sus vestiduras, se pondrá otras ropas y sacará las cenizas fuera del campamento a un lugar limpio”. Estas cenizas eran muy sagradas para Dios. En *Life-study of Leviticus* [Estudio-vida de Levítico] el hermano Lee comenta acerca de estos versículos:

Esto significa la solemnidad con que se manejaban las cenizas (el resultado) del holocausto. A los ojos de Dios, el resultado de nuestro holocausto es altamente estimado; es fino, puro y limpio. Por ello, cuando el sacerdote llevaba las cenizas fuera del campamento, debía ponerse vestiduras formales y llevar las cenizas de una manera digna. Esto nos enseña a tener en alta estima el resultado de nuestro holocausto.

Servir de tiempo completo significa ofrecerse a Dios en holocausto. Con respecto a esto habrá y deberá haber un resultado. Debemos valorar este resultado y no menospreciarlo ni considerarlo insignificante. El resultado de ser un holocausto será algo que llevará a cabo la economía neotestamentaria de Dios. Lo que hacemos como servidores de tiempo completo no es simplemente predicar el evangelio a fin de salvar pecadores, establecer iglesias locales, enseñar la Biblia y ayudar a las personas a crecer en la vida divina y en la verdad. Lo que hagamos debe redundar en la edificación del Cuerpo de Cristo, el cual es una miniatura de la Nueva Jerusalén venidera.

Lo que hacemos es realmente extraordinario, pero para la gente del mundo no significa nada. Para ellos, lo que

hacemos no es más que cenizas. Sin embargo, Dios tiene en muy alta estima estas cenizas. Al final estas cenizas se convertirán en la Nueva Jerusalén. ¿Se había dado cuenta alguna vez de que las cenizas, el resultado del holocausto, serán la Nueva Jerusalén venidera? Yo estoy consciente de esto y lo creo. Tengo la certeza de que estaré allí y de que lo que estoy haciendo será parte de esa ciudad. La Nueva Jerusalén es nuestro destino final.

¿Cómo pueden las cenizas del holocausto convertirse en la Nueva Jerusalén? Las cenizas denotan el resultado de la muerte de Cristo, la cual nos pone fin a nosotros, es decir, nos convierte en cenizas. Pero la muerte de Cristo conduce a la resurrección. En resurrección, las cenizas llegan a ser los materiales preciosos —oro, perlas y piedras preciosas— con los cuales se edifica la Nueva Jerusalén. Cada uno de estos tres materiales preciosos es el resultado de la transformación de las cenizas. Cuando somos reducidos a cenizas, somos introducidos en la transformación del Dios Triuno. (pág. 211)

Éste es un resultado de nuestra consagración. Los versículos 12 y 13 siguen diciendo: “El fuego encendido sobre el altar no se apagará, sino que el sacerdote pondrá leña en él cada mañana, acomodará el holocausto sobre él y quemará sobre él las grasas de los sacrificios de paz. El fuego arderá continuamente en el altar: no se apagará”. Jamás debemos permitir que el fuego del holocausto se apague en nuestra vida. No se debe apagar. Cuando nos despertamos en la mañana, una de las primeras cosas que debemos hacer es decir: “Señor Jesús, te amo”. También podemos decir: “Alabado seas, Señor Jesús. Gracias, Señor Jesús. Señor Jesús, te amo. Señor Jesús, te tomo como mi holocausto y consagro todo mi ser, toda mi vida y todo este día a Ti”. Inmediatamente, el fuego se levantará en nuestro ser. Ésta es nuestra experiencia. No debemos dejar que el fuego se apague.

**A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo
en el día de Su guerra, debemos levantarnos de madrugada
para contactar al Señor, a fin de entrar en el seno de la aurora
para ser concebidos como rocío para regar a Cristo**

A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos levantarnos de madrugada para contactar al Señor,

a fin de entrar en el seno de la aurora para ser concebidos como rocío para regar a Cristo (Mi. 6:6; 14:22-23; Mr. 1:35). La finalidad de nuestro tiempo con el Señor en la mañana no es principalmente para nuestra satisfacción; es para Su satisfacción. Cuando nos levantamos de madrugada para contactar al Señor, entramos en el seno de la aurora. En el seno de la aurora algo fresco de Cristo se concibe en nuestro ser, haciendo de nosotros el rocío que riega a Cristo con miras a Su satisfacción. ¡Esto es maravilloso! Podemos tener un tiempo personal con el Señor para hacerlo feliz, para regarlo al ser el rocío para Él desde el seno de la aurora.

Mateo 6:6 dice: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”. Puede ser que no tengamos un aposento, pero podemos encontrar un lugar privado donde nadie nos puede ver. En 1987 fui a Taipéi para un periodo de entrenamiento y me di cuenta que necesitaba pasar un tiempo personal con el Señor cada mañana. Temprano en la mañana, subía al techo del salón de reuniones para estar a solas con el Señor, pero encontraba personas en todas partes pasando tiempo con el Señor. Al principio consideraba cómo podría entrar a mi “aposento privado”. Tome una silla, la puse frente a una pared y me senté mirando a la pared, con mis manos a ambos lados de la cara para no ver nada; entonces empecé a orar: “Señor Jesús. Señor Jesús, te amo”. Ése era mi aposento privado, y el Señor se encontraba conmigo ahí cada mañana. Necesitamos entrar en nuestro aposento, cerrar la puerta y orar a nuestro Padre que está en secreto; y nuestro Padre que ve en lo secreto, nos recompensará.

No debemos permitirle a nadie que interrumpa nuestro tiempo personal con el Señor. Cuando estamos pasando tiempo con el Señor, no debemos contestar el teléfono celular ni responder mensajes de texto. Debemos apagar nuestros teléfonos cuando vamos a pasar tiempo con el Señor; apaguemos todo. ¡Estamos a punto de pasar tiempo con el Rey de reyes!

En una ocasión estaba a punto de tener mi tiempo con el Señor y se lo mencioné a mi esposa para que si sonaba el teléfono supiera que debía tomar un mensaje. Mientras estaba en mi aposento privado sonó el teléfono y luego mi esposa tocó a la puerta y dijo: “Es de larga distancia”. Pensé que si era de larga distancia, debería ser importante, así que dejé al Rey de reyes y fui a contestar el teléfono. La persona al teléfono dijo: “¿Es la Compañía constructora Ed Marks?”. Les digo, ese era el

diablo que me llamaba de larga distancia para interrumpir mi tiempo con el Señor.

Cuando el hermano Lee pasaba tiempo con el Señor en la mañana o cuando se le leían mensajes, él no quería que se le interrumpiera. Cuando yo o algún otro hermano le leía un mensaje, él consideraba ese su estudio personal de la Biblia. Lo consideraba un tiempo de tomar la palabra, aunque estuviéramos leyendo un mensaje que él había dado. En una ocasión cuando le estaba leyendo un mensaje sonó el timbre de la puerta y él dijo: “Ése es el diablo”. Tomaba tan en serio el pasar tiempo con el Señor. Necesitamos atesorar nuestro tiempo con el Señor. Recalcamos este asunto mucho en el Entrenamiento de Tiempo Completo. Cuando los recién graduados se van del entrenamiento, necesitan continuar pasando un tiempo personal con el Señor cada día.

En Mateo 14, después de alimentar a los cinco mil, el Señor no se deleitó en Su logro. Los versículos 22 y 23 dicen: “En seguida Jesús hizo a los discípulos entrar en la barca e ir delante de Él a la otra orilla, mientras Él despedía a las multitudes. Una vez despedidas las multitudes, subió al monte, a solas, a orar; y cuando llegó la noche, estaba allí solo”. La nota 1 del versículo 22 dice: “El Señor Jesús obligó a los discípulos a que lo dejaran a solas a fin de tener más tiempo para orar al Padre en privado (v. 23)”. Éste es Aquel que ahora está en nosotros, y Él quiere pasar más tiempo en nosotros para orar privadamente al Padre. La nota 1 del versículo 23 dice: “Manteniendo Su posición de hombre (4:4), el Rey celestial, como Hijo amado del Padre (3:17), necesitaba orar a solas a Su Padre que está en los cielos, para ser uno con Él y tenerle en todo lo que hacía en la tierra para que se estableciera el reino de los cielos. Hizo esto no en un lugar desierto, sino en un monte, separado de toda la gente, incluso de Sus discípulos, para tener contacto con el Padre a solas”. Él pasaba un tiempo privado en oración al Padre para así poder ser uno con el Padre de manera absoluta en Su humanidad a fin de establecer el reino de los cielos en la tierra.

Marcos 1:33 dice: “Toda la ciudad estaba agolpada a la puerta”. Teniendo a toda la ciudad agolpada a la puerta, el Señor hizo trabajo suficiente para mantenerlo muy ocupado. Sin embargo, los versículos 35 a 38 dicen: “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba. Y Simón y los que estaban con él salieron en Su busca; y hallándole, le dijeron: Todos te buscan. Él les dijo: Vamos a otro lugar, a los pueblos vecinos, para que predique también allí; porque para esto he salido”. Los discípulos lo

tuvieron que buscar, y cuando lo encontraron le dijeron que todos lo buscaban. Sin embargo, la respuesta del Señor fue: “Vamos a otro lugar”. Al Señor no lo gobernaban las muchedumbres, la necesidad ni la oportunidad; a Él lo gobernaba Su tiempo con el Padre.

A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos llevar la vida de la tienda y el altar, manteniéndonos vacíos, abiertos, frescos, vivientes y jóvenes con el Señor con relación a Su nuevo mover

A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos llevar la vida de la tienda y el altar, manteniéndonos vacíos, abiertos, frescos, vivientes y jóvenes con el Señor con relación a Su nuevo mover (Gn. 12:7-8).

Debemos ser vaciados y despojados en nuestro espíritu, en lo profundo de nuestro ser, a fin de recibir a Cristo como la realidad del reino de los cielos (Mi. 5:3; Lc. 1:53).

Debemos ser vasos abiertos; quien experimenta la mayor medida de transformación es aquel que está más abierto al Señor (18:17; Pr. 20:27; Ap. 4:5). No debemos dejar pasar estos puntos. Debemos orar sobre ellos con oraciones cortas, entonces se convertirán en nuestra realidad. Podemos orar: “Señor, hazme un vaso abierto”. Quien experimenta la mayor medida de transformación es aquel que está más abierto al Señor.

Debemos recibir al Espíritu como el aceite fresco (Zac. 4:12-14; Mi. 25:8-9; Ap. 3:18).

Debemos andar en novedad de vida y servir en la novedad del espíritu (Ro. 6:4; 7:6; cfr. Ez. 36:26-27; 2 Co. 3:16; Mi. 5:8; 26:29). Debemos orar cada día: “Señor, sálvame de llegar a ser viejo y rancio”. El Señor aborrece la ranciedad. Varios mensajes del *Estudio-vida de 1 Samuel* hablan de la ranciedad del sacerdocio Aarónico que se había degradado. Necesitamos orar: “Señor, sálvame de ponerme viejo. Señor, en este día, hazme andar en novedad de vida y servirte en la novedad del espíritu”. El Señor contestará tal oración.

Debemos ser vitalizados por el Señor a fin de ser miembros de Su Cuerpo que son vivientes y activos (1 Co. 14:4b, 31; cfr. Ap. 3:1; 14:4).

Debemos ser renovados de día en día con el fresco suministro de la vida de resurrección, a fin de mantenernos jóvenes en el Señor (2 Co. 4:16; Ef. 5:26-27). Necesitamos mantenernos jóvenes en el Señor. A nadie le gusta ser viejo. No queremos estar viejos; queremos ser nuevos.

No queremos estar muertos; queremos estar vivos. No queremos ser tibios; queremos estar ardientes. No queremos estar rancios; queremos estar frescos. No queremos ser viejos; queremos ser jóvenes.

A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos pelear por los hermanos en unidad con Él, para cuidar tiernamente a las iglesias con Su humanidad y nutrir a las iglesias con Su divinidad, a fin de producir los vencedores mediante Su pastoreo orgánico

A fin de cooperar con el ministerio celestial de Cristo en el día de Su guerra, debemos pelear por los hermanos en unidad con Él, para cuidar tiernamente a las iglesias con Su humanidad y nutrir a las iglesias con Su divinidad, a fin de producir los vencedores mediante Su pastoreo orgánico (Gn. 14:13-20; Ap. 1:13; 2:7; 1 P. 5:4; He. 13:20; 1 En. 5:16; cfr. Hch. 6:4; Ap. 1:20). Génesis 14:13-20 narra la historia de cuando Abraham peleó a favor de Lot luego de que éste fuese capturado por cuatro reyes (vs. 9, 12). Abraham no criticó a Lot por estar en Sodoma; más bien, sacó sus trescientos dieciocho hombres entrenados, peleó a favor de Lot y lo recobró. Detrás de la escena, Melquisedec estaba intercediendo por Lot, por Abraham y por el combate de Abraham. Después de ganar la victoria, Melquisedec llevó pan y vino y se encontró con él (v. 18), lo cual es una prefigura de la mesa del Señor. Esto indica que cuando peleamos por nuestros hermanos, podemos disfrutar al Dios Triuno procesado como nuestro suministro de vida y disfrute.

**DIOS HA JURADO Y NO CAMBIARÁ DE HABER
DESIGNADO A CRISTO SACERDOTE
PARA SIEMPRE SEGÚN EL ORDEN DE MELQUISEDEC**

**Cristo no es solamente el Rey que posee poder y autoridad,
sino también el Sumo Sacerdote**

Dios ha jurado y no cambiará de haber designado a Cristo Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. 110:4; He. 5:6, 10). Cristo no es solamente el Rey que posee poder y autoridad (Sal. 110:1-2), sino también el Sumo Sacerdote (He. 2:17; 4:14; 6:20; 8:1; 9:11). La nota 4 de Hebreos 1:3 dice: “En este libro vemos al Cristo actual, quien está ahora en los cielos como nuestro Ministro (8:2) y nuestro Sumo Sacerdote (4:14-15; 7:26), ministrándonos la vida, la gracia, la autoridad y el poder celestiales y que nos sustenta para que

vivamos una vida celestial en la tierra. Él es el Cristo de ahora, el Cristo de hoy, y el Cristo que está en el trono en los cielos, quien es nuestra salvación diaria y nuestro suministro momento a momento”. ¡Amo a este Cristo “de ahora”!

*El ministerio celestial de Cristo en Su ascensión
incluye tanto Su reinado como Su sacerdocio*

El ministerio celestial de Cristo en Su ascensión incluye tanto Su reinado como Su sacerdocio (7:1-2; Zac. 6:13).

*Como el Rey, Él tiene el cetro para regir sobre la tierra
y administrar nuestros asuntos;
y como el Sumo Sacerdote, Él intercede por nosotros
y se encarga de nuestro caso delante de Dios*

Como el Rey, Él tiene el cetro para regir sobre la tierra y administrar nuestros asuntos; y como el Sumo Sacerdote, Él intercede por nosotros y se encarga de nuestro caso delante de Dios (He. 4:14-16; 7:25-26; 9:24; Ro. 8:34; Ap. 1:12-13).

**Como el Sumo Sacerdote real según el orden de Melquisedec,
Cristo nos ministra a Dios como nuestro suministro
a fin de que se cumpla el propósito eterno de Dios**

Como el Sumo Sacerdote real según el orden de Melquisedec, Cristo nos ministra a Dios como nuestro suministro a fin de que se cumpla el propósito eterno de Dios (He. 7:1-2; 8:1-2; Gn. 14:18). Hebreos 7:25 dice: “Por lo cual puede también salvar por completo a los que por Él se acercan a Dios, puesto que vive para siempre para interceder por ellos”. Hebreos 8:2 dice que Cristo es “Ministro de los lugares santos, de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. Cristo está orando por nosotros, intercediendo por nosotros y ministrándonos a Dios. En este mismo momento, Él está intercediendo por cada uno de nosotros personalmente y por todos nosotros corporativamente, y Él nos está ministrando a Dios. ¡Qué maravilloso!

*En Su ministerio terrenal,
Cristo fue Sumo Sacerdote según el orden de Aarón
a fin de quitar de en medio el pecado*

En Su ministerio terrenal, Cristo fue Sumo Sacerdote según el orden de Aarón a fin de quitar de en medio el pecado (9:14, 26).

*Luego, en Su ministerio celestial, Cristo fue designado
Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec,
no para ofrecer sacrificios por el pecado, sino para ministrarnos
al mismo Dios que pasó por el proceso de la encarnación,
el vivir humano, la crucifixión y la resurrección,
quien como tal está representado por el pan y el vino
y es nuestro suministro de vida
para que seamos salvos por completo*

Luego, en Su ministerio celestial, Cristo fue designado Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (5:6, 10), no para ofrecer sacrificios por el pecado, sino para ministrarnos al mismo Dios que pasó por el proceso de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección, quien como tal está representado por el pan y el vino (Mi. 26:26-28) y es nuestro suministro de vida para que seamos salvos por completo (He. 7:25).

**Como Sumo Sacerdote,
Cristo cuida tiernamente de las iglesias en Su humanidad
y las nutre en Su divinidad con Su amor divino**

Como Sumo Sacerdote, Cristo cuida tiernamente de las iglesias en Su humanidad y las nutre en Su divinidad con Su amor divino (Ap. 1:12-13; 2:1).

**CRISTO, QUIEN ES EL SEÑOR (ADONAI)
Y QUIEN ESTÁ A LA DIESTRA DE DIOS,
QUEBRANTARÁ A LOS REYES EN EL DÍA DE SU IRA
CUANDO REGRESE CON SUS VENCEDORES Y EJECUTARÁ JUICIO
ENTRE LAS NACIONES SOBRE UNA VASTA TIERRA**

Cristo, quien es el Señor (*Adonai*) y quien está a la diestra de Dios, quebrantará a los reyes en el día de Su ira cuando regrese con Sus vencedores y ejecutará juicio entre las naciones sobre una vasta tierra (Sal. 110:5-6; Dn. 2:34-35, 44; Jl 3:11-12; Ap. 17:14). Daniel 2:34-35 dice: “Estabas mirando, hasta que una piedra se desprendió sin que la cortara mano alguna, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra”. La imagen que se menciona aquí es la

gran imagen humana que vio Nabucodonosor en su sueño (v. 31). Esta imagen humana estaba hecha de oro, plata, bronce, hierro y de hierro mezclado con barro cocido. Esta imagen representa los imperios mundiales sucesivos —el Imperio babilónico, el Imperio Medo-Persa, el Imperio Griego-Macedonio, el Imperio romano e incluso el Imperio romano revivido por el anticristo con diez reyes representado por los diez dedos de los pies. La piedra que se desprendió sin que la cortara mano alguna es Cristo con Su novia vencedora, que viene de los cielos y hiere los pies de la imagen. De este modo, la imagen es desmenuzada y fue como tamo de las eras del verano, sin que quedara rastro alguno. La piedra que hiere esa imagen humana se convierte en un gran monte que llena toda la tierra. Este gran monte es el reino de Dios.

**Esto nos muestra que Cristo es el Guerrero
que ha de ser el supremo Vencedor al derrotar a las naciones,
quebrantar a los reyes y aplastar la cabeza de los enemigos,
y al ejecutar juicio sobre todos los que se le oponen**

Esto nos muestra que Cristo es el Guerrero que ha de ser el supremo Vencedor al derrotar a las naciones, quebrantar a los reyes y aplastar la cabeza de los enemigos, y al ejecutar juicio sobre todos los que se le oponen (Sal. 2:9, 12; Dn. 2:44; Ap. 2:26-27).

**Él vendrá con Su novia, compuesta por todos Sus vencedores,
quienes son Su ejército, y junto con ella peleará
contra el anticristo y sus ejércitos y los derrotará**

Él vendrá con Su novia, compuesta por todos Sus vencedores, quienes son Su ejército, y junto con ella peleará contra el anticristo y sus ejércitos y los derrotará (19:11-21). Si somos fieles y llegamos a ser vencedores, estaremos allí en la batalla de Armagedón y veremos que la bestia (el anticristo) y el falso profeta serán los primeros que serán echados en el lago de fuego (v. 20). Estaremos allí con Cristo, el Rey de reyes, el Señor de señores (v. 16), y la Palabra de Dios (v. 13).

**CRISTO BEBERÁ DEL ARROYO EN EL CAMINO
Y LEVANTARÁ SU CABEZA TRIUNFALMENTE**

Cristo beberá del arroyo en el camino y levantará Su cabeza triunfalmente (Sal. 110:7). El arroyo representa a los vencedores; Cristo, al tomar la delantera para combatir hasta el fin, tendrá necesidad de agua para beber, y esta agua serán los vencedores. El hecho de que Cristo

levante Su cabeza es señal de Su victoria, Su triunfo, al derrotar a todos los enemigos. Para Sus enemigos, Cristo es el Vencedor; pero para nosotros, Él es Aquel que bebe. En este salmo vemos a Cristo como el Rey, el Sacerdote, el Guerrero, el Vencedor y Aquel que bebe (Aquel que viene). ¡Alabado sea el Señor! Ésta es la revelación más elevada de Cristo.—E. M.